

## *Salutación a Damián*

Por María Teresa de Vega

Buenas tardes, estoy aquí invitada por Damián para que le acompañe con unas palabras sobre sus relatos. Ha depositado en mí esa confianza y yo, a mi vez, espero que la que deposite en su literatura –que a veces falta a aquellos que empiezan- le haga ir con empuje y decisión, con tenacidad, hacia la consecución de nuevas metas literarias.

Con gusto hacemos el intento de extraer el carácter, lo singular de sus relatos. No es fácil para el comentarista dar con el santo y seña de un escrito cuando sus destrezas son múltiples, y unas nos distraen de las otras.

En principio, nos encontramos con unos cuentos, todos, que se centran en los comportamientos humanos en su más originaria circunstancia (no en Marte ni en lugares lejanos y exóticos), esto es, en nuestra realidad más cercana. Aunque la realidad, lejana o cercana, sea de materia tan frágil que empujó al gran Poeta a declarar que era de “la misma sustancia que los sueños”. Y en universo de tal textura, de tan poca consistencia, sorprendemos a algunos personajes de Damián que, a la manera del Quijote, rizando el rizo, se atreven osadamente con esa realidad: se proponen soñarla por segunda vez, ahora en primera persona: no ser soñado, sino soñar uno mismo lo venidero a impulsos de lo más anhelado; con la intención de sobreponerlo a la prosaica realidad primera.

Sin embargo, en tantos casos, como le sucede a uno de sus personajes, aquel que proyecta una aventura con bellezas como las que acompañan a uno de sus clientes, y que envidia, no tenemos más remedio –el personaje como nosotros– que renunciar a su cumplimiento: en aquella sutil sustancia que acoge lo que ocurre, existen la culpa, la vergüenza, el deber, la cobardía, la incapacidad...Y por ello, algunos sueños no son convenientes o son imposibles. Entonces se es ese “Somnífago” del relato; en otras palabras del autor, “el que se come los sueños”.

“Sueña” también Pacón el anarquista, personaje de otra historia, que, en lugar de estar huido en los montes durante la Guerra Civil y años inmediatamente posteriores, sueña que estuvo en Francia como refugiado y después, activo, en numerosos lugares de la contienda europea. ¡Qué enorme distancia entre lo ocurrido y lo soñado! Ello nos da la medida del grado de insatisfacción que padecemos con lo sucedido verdaderamente. Y teniendo presente esta verdad, casi general, nos preguntamos: ¿Cómo la mayor parte de los que viven en el planeta no están confeccionando sus historias paralelas –más allá de la mentira trivial–, sus aventuras de caballerías?

Porque lo que hay, tantas veces, es tragedia, como en *Diez, quince*, por más que el narrador de esta historia no quiera verla de inmediato, sino afrontarla como la sobreescritura de una novela conocida; porque lo que hay es la necesidad de forjarse escudos contra la vida, por ejemplo, absorbiendo continuamente calor de ser vivo, como en el caso de *La niña que dormía con sus papás*; o el deterioro psíquico, acompañado de la ruina física como inequívoca señal de aquel, en *Angélica*. Podríamos seguir.

Sin embargo, el Otro, el soñador que nos sueña, que dice Unamuno, a veces también pone en sus productos gozo y diversión. Quizás esa sería la respuesta a la pregunta que antes nos hemos hecho. (¡Cómo no estamos fantaseando continuamente otra vida!). Existe el gozo de correr descalzo, como en el relato *El atleta descalzo*, y en contar mil veces la historia –ya leyenda– del que corre descalzo, que es lo que hace el profesor de Gimnasia; incluso hay cierto hastío gozoso en los alumnos que la escuchan por milésima vez. (Por supuesto que hay alguna desventaja para el héroe, pero es el inexcusable contrapeso al don recibido). En suma, la realidad es astuta, nos conquista con las miles de seducciones que también tiene, y nos parece una traición no sucumbir a ellas.

No vamos a repasar todos los cuentos. He recordado aquellos que se ceñían al hilo del que tiré de entre la madeja de asuntos de los que trata este libro. Otros hay, y en todos se posa la mirada sabia del que reconstruye lo vivido como ejercicio de comprensión, del que retrata la complejidad del mundo pero cree que puede llegar, en parte, a entenderlo.

Hay algo que no hemos dicho sobre estos relatos. Y es que, con ellos, parece emerger un escritor con la capacidad de transformar el territorio que pisamos –en este libro, la isla– en espacio literario. Así, pues, el de esta ficción, es un mundo sobrescrito, traspasado por los cinco sentidos de un narrador que capta lo esencial para transfigurarlo. Nacen entonces Lotavia; San José, su capital, y otros muchos lugares: pueblos o senderos empinados con sus respectivos topónimos. Es un camino abierto del cual espero la continuación.

Esta es la ficción. De la dicción diremos que se encuentra en su escritura lo que el crítico Jakobson llamaba “la perceptibilidad de un texto”. Esto es, que sentimos que, al mismo tiempo que nos introducimos en la intriga, la escritura por sí misma capta nuestra atención. Podemos percibir cómo el texto habla con palabras de nuestro acervo lingüístico isleño, algunas desconocidas para mi raquítico conocimiento de lo circundante, cómo el texto habla (y para recoger el murmullo íntimo de su geografía), con palabras de su propia invención (del autor); podemos percibir cómo esta inclinación lo lleva a la precisión y el matiz, otro de sus rasgos dominantes. Y una retórica discreta pero suficiente para hacerse notar, para complacer a lectores como yo, que piensa que sin ella no hay literatura.

En fin, y para terminar, en estos relatos de entonación rica de Damián Hernández, ficción y dicción se aúnan para ofrecernos un trozo de la tarta de la buena literatura.